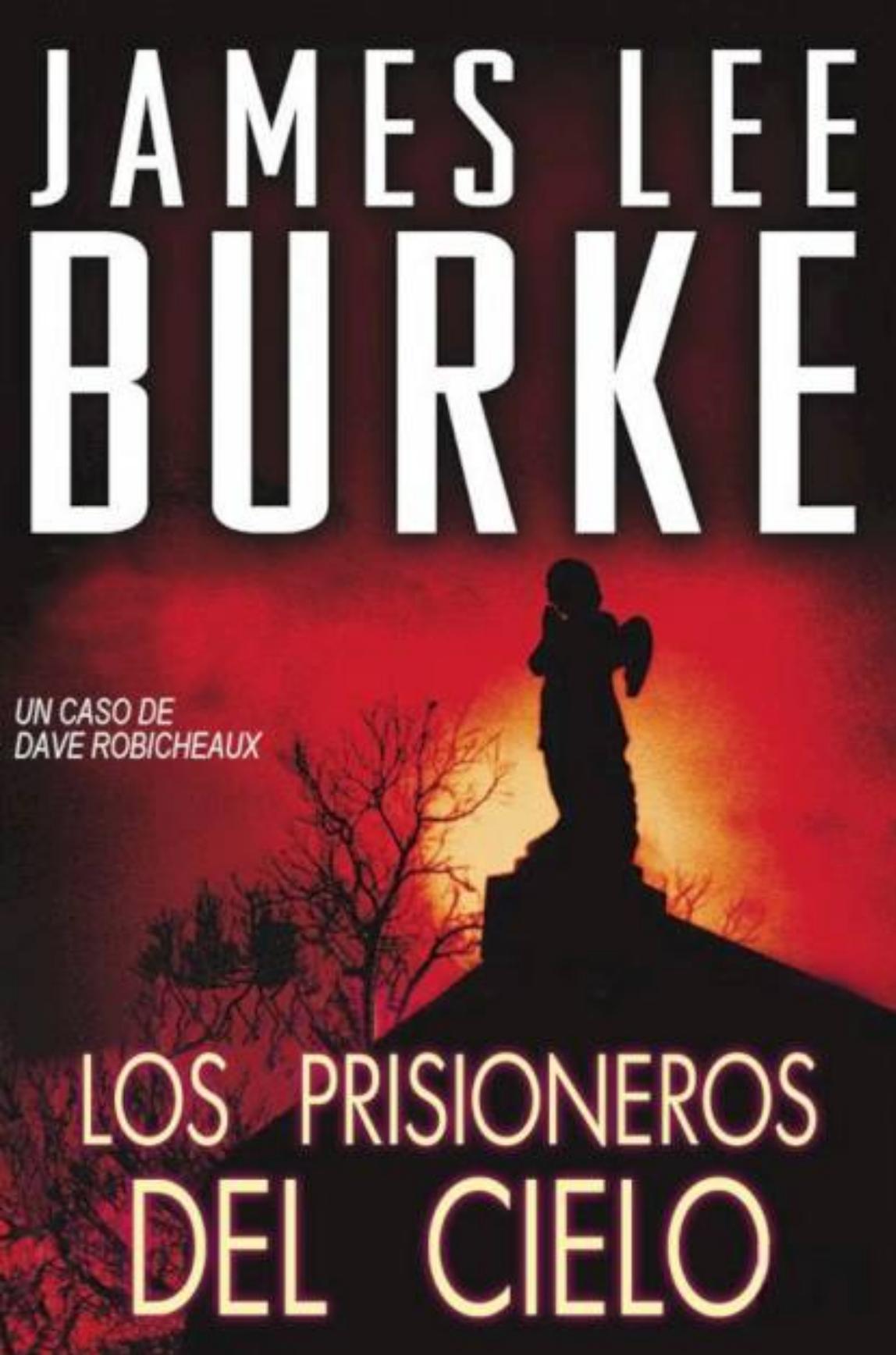


# JAMES LEE BURKE

UN CASO DE  
DAVE ROBICHEAUX

The background of the cover features a silhouette of a statue, possibly an angel or a figure with wings, standing on the peak of a dark roof. The sky behind the statue is a gradient of red and orange, suggesting a sunset or sunrise. Bare tree branches are visible in the lower left corner.

LOS PRISIONEROS  
DEL CIELO

Dave Robicheaux ha devuelto su placa de policía, ha dejado Nueva Orleans y no es más que un detective retirado en la tranquila Luisiana. Allí, con la ayuda de su mujer, está logrando superar la pesadilla de la guerra de Vietnam y vencer su adicción al alcohol. Pero un día, un avión se estrella en las aguas del golfo y él presencia el accidente. Logra salvar con vida a una niña, a quien decide ocultar. El motivo es que todos los ocupantes del avión accidentado, que han fallecido, eran ilegales, y Robicheaux y su esposa no están dispuestos a entregar a la pequeña a las autoridades. Sin embargo, el detective muy pronto descubrirá que no solo los agentes de inmigración están interesados en la misteriosa jovencita.

PARA MI AGENTE, PHILIP SPITZER, UN LUCHADOR QUE AGUANTÓ LOS QUINCE ASALTOS COMPLETOS, Y PARA ESOS MARAVILLOSOS AMIGOS DE AHÍ ABAJO, EN LUISIANA, CON LOS QUE TENGO CONTRAÍDA UNA ENORME DEUDA DE GRATITUD: JOHN EASTERLY, MARTHA LACY HALL Y MICHAEL PINKSTON.

## 1

Acababa de salir del paso del Sudoeste, entre las islas Pecan y Marsh, con el agua verde coronada de blanco de la corriente del Golfo al sur y a mi espalda la gran extensión de la costa de Luisiana, que en realidad no es una costa, sino una gran zona de humedales con juncos, cipreses muertos de los que cuelgan manojos de musgo y un laberinto de canales y bayous abarrotados de nenúfares japoneses, cuyas flores de color púrpura se abren con un ruido audible por la mañana, y con raíces que pueden enredarse como cables en la hélice de una lancha. Estábamos en mayo, la brisa era cálida y olía a agua salada y a bancos de truchas blancas comiendo. En lo alto, encima de mí, los pelícanos planeaban en las corrientes de aire caliente, sus alas extendidas brillando al sol, hasta que, de repente, alguno se dejaba caer desde el cielo como una bomba liberada de su bastidor, con las alas plegadas a los lados, y se estrellaba contra la superficie del agua para luego elevarse chorreando con un sábalo o un mújol coleando en su pico abolsado.

Pero el cielo había amanecido con vetas rojizas, y yo sabía que, en cuanto llegara la tarde, surgirían cúmulos desde el sur, la temperatura caería diez grados, como si de repente se hubiese extraído todo el aire de una enorme campana oscura, y el cielo oscurecido se estremecería con relámpagos arborescentes.

Siempre me había gustado el Golfo, independientemente de que lo desgarrasen las tormentas o de que las

olas estuviesen heladas, con verdes crestas de hielo. Incluso cuando era agente de policía en Nueva Orleans, vivía en una casa flotante en el lago Pontchartrain y pasaba los días libres pescando en el condado de Lafourche y en la bahía de Barataría, y aunque estaba en el departamento de Homicidios, a veces hacía un trato con los muchachos de Antivicio para que me dejaran salir solo en la lancha de los guardacostas cuando se hacían a la mar a perseguir traficantes de droga.

Por entonces era propietario de un negocio de cebos y alquiler de barcos en el *bayou* al sur de Nueva Iberia, y dos veces por semana mi mujer, Annie, y yo poníamos rumbo al paso del Sudoeste en mi lanchón reformado y pescábamos langostinos al arrastre. Lo llamaba «reformado» porque la construyó años atrás una compañía petrolera para recuperar los largos y gruesos cables revestidos con caucho y los instrumentos sísmicos que se usan para las prospecciones petrolíferas en el mar; era largo, estrecho y plano, con un gran motor Chrysler, dos hélices y la cabina de mando a popa. Annie y yo lo habíamos equipado con arcones con hielo, un pozo para cebo vivo, cabrestantes para las redes, una pequeña cocina, pañoles para guardar los equipos de pesca y buceo soldados a las bordas, e incluso una gran sombrilla de lona de Cinzano que podíamos abrir sobre una mesa de naipes y unas sillas plegables.

En mañanas como esta solíamos pescar trazando un gran círculo a través del paso, con la proa casi fuera del agua por el enorme peso de la red. Tras llenar los arcones de hielo casi hasta arriba de langostinos de un rosa azulado, colocábamos las cañas para pescar bagres marinos y preparábamos la comida mientras el barco borneaba sobre la cuerda del ancla en el viento templado. Esa mañana, Annie había cocido un cazo de langostinos y cangrejos azules, y los pelaba en un cuenco para revolverlos en una cazuela de arroz al estilo acadiano o cajún, que habíamos traído de casa. No podía dejar de sonreír al mirarla; era mi chica me-

nonita de Kansas, de dorados cabellos rizados que la brisa le apartaba de la nuca, y ojos del azul eléctrico más intenso que había visto en mi vida. Llevaba una desteñida camisa vaquera de hombre, con los faldones por fuera, colgando por encima de sus pantalones blancos, y zapatos de lona sin calcetines; había aprendido a limpiar pescado y langostinos y a manejar un barco en pleno temporal tan bien como si hubiese nacido en tierra de *bayous*, pero siempre seguiría siendo mi chica de Kansas, hecha de acianos y girasoles, que vacilaba torpemente cuando se ponía tacones altos, le asombraban las diferencias culturales y lo que ella llamaba «rarezas» en otras personas, aun cuando provenía de una estirpe de pacifistas cultivadores de trigo que resultaba tan penetrantemente excéntrica que la había vuelto incapaz de distinguir lo normal cuando lo veía.

Estaba bronceada incluso en invierno y su piel era la más suave que había acariciado en mi vida. En sus ojos destellaban lucecitas cuando los miraba. Me vio sonreírle, puso el bol de langostinos en la mesa, y pasó a mi lado como si fuese a comprobar las cañas de pescar, pero de pronto la noté a mi espalda, sentí sus pechos rozar mi nuca, y sus manos mesaron mis cabellos, dejándolos caer sobre mis ojos como una maraña de serpientes negras. Sus dedos me recorrieron la cara, el bigote, los hombros, la cicatriz que me había dejado en el vientre la estaca *punji* y que parecía un gusano gris aplastado, hasta que la inocencia de su amor me hizo sentir que mis muchos años, mis michelines, mi hígado hecho polvo carecían de importancia. Tal vez me había ablandado, quizás *encariñado* fuese el término más adecuado, de la misma forma que un animal mayor no cuestiona verse seducido por la juventud. Pero su amor no era mera seducción; era incesante y siempre presente, incluso al cabo de un año de casados, y lo entregaba gustosa y sin condiciones. Tenía una marca de nacimiento vinosa en lo alto del pecho derecho, y cuando hacíamos el amor su corazón la llenaba de sangre hasta volverla rojo oscuro. Se

puso delante de mi silla, se me sentó en el regazo, pasó la mano por la fina capa de sudor que me bañaba el pecho y apretó sus rizos contra mi mejilla. Se movió en mi regazo, me notó bajo ella, me miró a los ojos con intención y susurró, como si alguien pudiera oírnos:

—Saquemos la colchoneta inflable del armario.

—¿Y qué harás si el avión de la Guardia Costera pasa por encima?

—Saludar.

—¿Y si pican en alguna de las cañas?

—Intentaré tener la mente ocupada en otra cosa.

Desvié la mirada hacia el horizonte, al sur.

—¿Dave?

—Es un avión.

—¿Cuántas veces suele hacerte proposiciones tu propia esposa? No dejes pasar la oportunidad, capitán. —Sus ojos azules chispeaban alegres y llenos de luz.

—No, fíjate: está en apuros.

Era un bimotor de un amarillo brillante, y de la cabina salía un largo reguero de espeso humo negro que recorría todo el cielo hasta el horizonte. El piloto se esforzaba por ganar altura, revolucionando ambos motores, pero el aparato alabeaba, no se estabilizaba, y la superficie del agua estaba cada vez más cerca. Pasó junto a nosotros y pude ver rostros en las ventanillas. El humo salía en espiral de un agujero de forma irregular justo delante de la cola.

—Ay, Dave, creo que he visto un niño —dijo Annie.

El piloto debía de estar intentando alcanzar la isla Pecan para hacer un aterrizaje forzoso en la grama salada. De repente, se desgajaron unos trozos del timón de cola como si fuesen tiras de cartón mojado, y el avión se inclinó violentamente a babor trazando un semicírculo. Los dos motores se calaron, el humo se enroscó, tan espeso y negro como el del incendio de un pozo de petróleo, y un ala golpeó con fuerza la superficie del agua. El avión se dio la vuelta en el aire como si fuese un juguete de madera, y se estrelló del

revés, levantando una enorme salpicadura blanca y verde de agua y algas flotantes.

El agua hirvió y chisporroteó sobre la carcasa recalentada de los motores, y el agujero de la parte trasera del fuselaje pareció crear un ancho río que se precipitó al interior del aparato. En cuestión de segundos, el amarillo brillante de la panza del avión palideció bajo las olas bajas que lo recubrieron. No podía ver las portezuelas, pero me mantuve a la espera de que alguien saliera a la superficie con un chaleco salvavidas. En su lugar, grandes pompas de aire surgieron de la cabina, mientras una mancha oscura de aceite y gasolina teñía la parpadeante refracción del sol en las alas.

Annie hablaba por la radio, dando aviso a los guardacostas. Subí el ancla, liberándola del barro, la arrojé con estrépito sobre la cubierta de proa, arranqué el gran motor Chrysler, oí toser los tubos de escape bajo la superficie, y me dirigí a toda máquina hacia el lugar del accidente. El viento y el agua me abofetearon la cara con su frescor. Lo único que se veía del avión eran unas lucecitas doradas en la flotante mancha verde azulada de aceite y gasolina que escapaban de las tuberías de combustible reventadas.

—Coge el timón —le dije a Annie.

Pude leer en su rostro lo que pensaba.

—No rellenamos las bombonas de oxígeno tras la última vez —dijo.

—Aún queda algo dentro. Además, aquí no hay más de ocho metros de profundidad. Si aún no se ha asentado en el cieno, podré abrir las puertas.

—Dave, la profundidad es de más de ocho metros, lo sabes. Hay una fosa que cruza el paso.

Saqué las dos bombonas de aire del pañol del equipo y comprobé los manómetros: ambos indicaban que estaban casi a cero. Me quedé en paños menores, me puse el cinturón de lastre, una bombona de oxígeno y una escafandra, y

pasé el brazo por las correas de la segunda bombona. Saqué una palanca del pañol del equipo.

—Echa el ancla por la eslor, no vaya a salir alguno por debajo de la quilla —dije.

—Deja la otra bombona, yo también voy a bajar. —Había dejado el motor en punto muerto, y la barca cabeceaba en su propia estela. Un lado de su bronceado rostro estaba mojado por las salpicaduras y se le pegaba el pelo.

—Te necesitaremos aquí arriba, nena —le dije, y me dejé caer por la borda.

—Maldito seas, Dave —la oí decir justo cuando atravesaba la superficie del agua entre el clamor metálico de las bombonas.

El fondo del Golfo era un museo de historia naval. Buceando a lo largo de los años, había encontrado racimos de balas de cañón españolas soldadas por el coral, torpedos de prácticas de la Armada americana, el casco aplastado de un submarino nazi hundido por cargas de profundidad en 1942, una lancha rápida a la que unos traficantes de droga le habían abierto las espitas antes de que los guardacostas los apresasen, e incluso los retorcidos y amontonados restos de la plataforma petrolera en la que se ahogó mi padre hace más de veinte años. Yacía de lado en la oscuridad a veinticinco metros de profundidad, y el día que descendí hasta ella, los cables de acero vibraban y zumbaban contra los puntales como martillos golpeando una enorme hoja de sierra.

La avioneta había quedado panza arriba al borde de la fosa, con las hélices hundidas en la arena gris. De las alas y de las ventanillas ascendían ristras de burbujas. Noté como caía la temperatura del agua a medida que descendía. Pude distinguir cangrejos y meros desplazándose veloces por el fondo, y volutas de arena despedidas por el aleteo de las rayas que, ondulando como sombras, bajaban por los lados de la fosa.

Llegué hasta la puerta del piloto, solté la bombona de repuesto, y miré por la ventanilla. Cabeza abajo, me observaba fijamente, cabellos rubios ondulando en la corriente, los ojos verdes sin vista como sólidas canicas acuosas. Una mujer baja y corpulenta de largos cabellos negros estaba atrapada en el asiento que había junto al suyo, y sus brazos flotaban hacia atrás y hacia delante frente a su rostro como si aún siguiera intentando apartar de sí la terrible percepción de que su vida estaba a punto de terminar. Yo ya había visto ahogados, y sus caras tenían la misma expresión de sorpresa y aplastamiento que las de la gente que había visto morir por fuego de mortero en Vietnam. Solo pude desear que estos dos no hubiesen sufrido demasiado.

Al patalear levantaba nubes de arena del fondo, y en la oscura luz verdosa a duras penas podía ver a través de la ventanilla de la puerta de atrás. Me coloqué en posición horizontal, agarrándome a la manilla de la puerta para equilibrarme, y volví a pegar la escafandra contra el cristal. Conseguí distinguir a un hombre grande y moreno con una camisa rosa que llevaba bolsillos y lazos por todas partes, y junto a él a una mujer que flotaba, ya sin cinturón. Era achaparrada, de cara cuadrada y correosa como la mujer de delante, y el vestido estampado de flores le flotaba alrededor de la cabeza. Justo entonces, cuando se me acababa el aire, me di cuenta —con el corazón desbocado— de que había una niña viva en la cabina.

Vi abrirse y cerrarse sus pequeñas piernas desnudas, como tijeras, la cabeza y la boca vueltas hacia arriba, como las de un pececito, en una bolsa de aire que se había formado en la parte posterior de la cabina. Me quité la bombona vacía de la espalda y tiré con fuerza de la manilla, pero la parte inferior de la puerta estaba encajada en la arena. Volví a tirar lo suficiente para separar la puerta del marco casi un centímetro, introduje la palanca y forcé el metal hacia atrás hasta que noté ceder una bisagra y la puerta se abrió rozando la arena. Tenía los pulmones a punto de estallar, me

rechinaban los dientes del esfuerzo de contener el aliento y no exhalar, las costillas se me clavaban en el pecho como cuchillos.

Solté la palanca, cogí la otra bombona, abrí la válvula de un manotazo y me llevé el tubo a la boca. El aire corrió dentro de mí con el frescor del viento que sopla por encima de la nieve que se derrite. Inspiré hondo media docena de veces, cerré la válvula otra vez, limpié la escafandra y entré.

Pero el muerto de la camisa rosa me cerraba el paso. Desabroché su cinturón de seguridad y traté de sacarlo del asiento tirando de su camisa. Debía de haberse partido el cuello, porque la cabeza le daba vueltas sobre los hombros como si fuese una flor prendida del tallo. De repente, su camisa se me desgarró entre las manos, y vi una serpiente verde y roja tatuada encima de su pezón derecho y, como si se cerrase el obturador de una cámara, me vi transportado en mi mente de vuelta a Vietnam. Lo agarré por el cinturón y lo empujé por el sobaco hacia delante a través de la cabina. Se desplazó en un arco espacioso y se quedó aposentado entre el piloto y el asiento de al lado, con la boca abierta y la cabeza en la rodilla del piloto, como un bufón suplicante.

Tenía que sacarla de ahí y subirla a la superficie sin perder un segundo. Distinguía la trémula bolsa de aire en la que respiraba, y no había sitio suficiente para entrar a explicarle lo que íbamos a hacer. Además, no debía de tener más de cinco años, y dudaba que hablase inglés. La cogí con cuidado por la minúscula cintura e hice una pausa, rogando que entendiese lo que iba a hacer, y luego la saqué a rastras, pataleando, a través de la puerta.

Le vi la cara apenas un instante. Estaba ahogándose. Tenía la boca abierta y estaba tragando agua; sus ojos se anegaban en el terror. Sus cortos cabellos negros se le levantaban en la cabeza como el plumón de un pato, y tenía chapetas pálidas y exangües en las morenas mejillas. Por un momento pensé en meterle el tubo del aire en la boca, pe-

ro sabía que no sería capaz de aclararse la garganta, y que se asfixiaría antes de que pudiera subirla a la superficie. Me desabroché el cinturón de lastre, que se hundió en una nube de arena a mis pies, le pasé los brazos por encima del pecho y me propulsé con ella hacia arriba con fuerza.

Podía distinguir el contorno negro y brillante del lanchón encima de nosotros. Annie había detenido el motor y la barca oscilaba en la corriente tirando de la cuerda del ancla. Llevaba casi dos minutos sin aire, y sentía los pulmones como si estuvieran llenos de ácido. Seguí propulsándome con fuerza con las piernas, con burbujas de aire escapándoseme entre los dientes, la garganta a punto de abrirse y absorber un torrente de agua que me llenaría el pecho de cemento. De pronto, vi como la luz del sol cobraba mayor brillo en la superficie, como una llama amarilla bailando sobre las olas y vidriando la superficie. Sentí las capas de corriente más templadas, rocé las guirnaldas de algas de un marrón rojizo que se mecían bajo las olas, y salimos bruscamente al aire, al viento caliente, bajo una cúpula de cielos azules, nubes blancas y pelícanos pardos sobrevolándonos como centinelas que nos dieran la bienvenida.

Agarré la parte inferior de la barandilla de la cubierta con una mano y levanté a la niñita hasta los brazos de Annie. Parecía tener los huesos huecos, como un pájaro. Annie la subió a cubierta y le acarició la cabeza y la cara mientras la niña sollozaba y devolvía en su regazo. Yo me sentía demasiado débil para salir del agua de inmediato. Me quedé mirando fijamente las marcas rojas que había en los muslos temblorosos de la cría, por donde la madre la había sostenido levantándola hasta la bolsa de aire mientras ella misma perdía la vida, y deseé que los que reparten medallas por actos heroicos en combate tuvieran una visión más amplia de la naturaleza del valor.

Sabía que la gente a la que le entra agua en los pulmones a veces desarrolla una neumonía, así que Annie y yo cogimos el coche y llevamos a la niña al hospital católico de Nueva Iberia, la pequeña ciudad azucarera del *bayou* Teche en la que me había criado. El hospital era un edificio de piedra gris que se levantaba entre robles rojos junto al *bayou*; glaucinas púrpuras crecían en espalderas sobre los senderos y el césped estaba lleno de hibiscos amarillos y rojos y de azaleas resplandecientes. Entramos, y Annie llevó a la niña a urgencias mientras yo esperaba sentado frente al mostrador de recepción, en el que una corpulenta monja de hábito blanco cumplimentaba la ficha de ingreso de la cría.

La cara de la monja era tan redonda y tan ancha como una bandeja de tarta, y llevaba la toca tan ajustada a la frente como un caballero medieval la visera del casco.

—¿Cómo se llama la niña? —preguntó.

La miré en silencio.

—¿Sabe usted su nombre? —dijo.

—Alafair.

—¿Cuál es su apellido?

—Robicheaux.

—¿Es su hija?

—Claro.

—¿Es hija suya?

—Por supuesto.

—Hum —dijo. Siguió rellenando la ficha y añadió—: Iré a ver cómo está. Mientras tanto, ¿por qué no revisa estos datos y se asegura de que los he tomado correctamente?

—Me fío de usted, hermana.

—Oh, yo no lo diría tan a la ligera.

Se dirigió pesadamente pasillo abajo, con las cuentas negras del rosario balanceándose en su cintura. Tenía el físico de un boxeador profesional venido a menos. A los po-

cos minutos estaba de vuelta, y yo me sentía cada vez más incómodo.

—Vaya por Dios, pero qué familia más interesante tiene —dijo—. ¿Sabía usted que su hija no habla más que español?

—Le damos mucho al método Berlitz.

—Y hay que ver lo listo que es usted, además —dijo.

—¿Cómo está la niña, hermana?

—Está bien. Un poco asustada, pero parece que está con la familia adecuada. —Su cara redonda y rolliza me sonrió.

Habían empezado a amontonarse nubes de lluvia vespertinas cuando cruzamos el puente levadizo sobre el *bayou* y bajamos por la calle East Main hacia el límite de la ciudad. A ambos lados de la calle crecían enormes robles, con gruesas raíces que agrietaban las aceras y largas ramas arqueadas formando una bóveda tachonada de sol por encima de nuestras cabezas. Las casas de East Main eran de antes de la guerra de Secesión, de diseño Victoriano, con plataformas de observación, terrazas en el segundo piso, porches de mármol, columnas griegas, verjas de hierro ornamentado y, a veces, miradores de un blanco resplandeciente recubiertos de jazmines chinos y campanillas púrpuras. La niña, a la que acababa de llamar Alafair, el nombre de mi madre, estaba en la camioneta sentada entre los dos. Las monjas se habían quedado con su ropa húmeda y la habían vestido con unos desteñidos vaqueros de niño y una camiseta de béisbol demasiado grande en la que ponía «New Iberia Pelicans». Tenía el rostro exhausto, y los ojos apagados e inexpresivos. Atravesamos con estruendo otro puente y nos detuvimos en un puesto de fruta atendido por un negro bajo un ciprés, al borde del *bayou*. Compré tres gruesas ristras de *boudin* caliente<sup>[1]</sup> envueltas en papel encerado, unos granizados y una cesta de fresas para prepararlas más tarde con helado. Con la cucharilla de madera, Annie metió granizado en la boca de la niña.

—Bocados pequeñitos para la gente menuda —le dijo.

Alafair abrió la boca como un pájaro, parpadeando soñolienta.

—¿Por qué has mentido en el hospital? —me preguntó Annie.

—No estoy seguro.

—Dave...

—Quizá se trate de una ilegal. ¿Por qué causar problemas a las monjas?

—¿Y qué pasa si es una ilegal?

—Pues que no me fío de los chupatintas del Gobierno, eso es lo que pasa.

—Me parece estar oyendo la voz del departamento de policía de Nueva Orleans.

—Annie, los de Inmigración los mandan de vuelta.

—No le harían eso a un crío, ¿verdad?

No tenía respuesta que darle. Mi padre, que había sido pescador, trampero y obrero petrolero toda la vida, que no sabía leer ni escribir y hablaba francés cajún y una forma de inglés que a duras penas pasaba por un idioma, tenía un dicho casi para cada situación. Uno de ellos podría traducirse como «En caso de duda, no hagas nada». En realidad, él diría algo como (en este caso, se lo dijo a un rico plantador de azúcar, dueño de una finca vecina): «No, usted no me dijo nada de su puerco en mi cañaveral, así que no pretendía hacerle daño cuando le pasé el tractor por encima de la cabeza y además me lo tuve que comer...».

Metí la camioneta por el camino de tierra que llevaba a mi negocio de cebos y alquiler de botes en el bayou. La lluvia empezó a caer entre los robles, moteando la superficie del agua, dando golpecitos en las hojas de los lirios de agua que crecían junto a la ribera. Podía ver las carpas que empezaban a alimentarse al borde de los lirios de agua y de los cañaverales inundados. Más arriba, los pescadores traían sus barcas de regreso a mi muelle, y los dos negros que trabajaban para mí estaban desplegando el toldo de